





# La señora Fletcher

A\*



**Tom Perrotta**  
**La señora Fletcher**

Traducción de Mauricio Bach

Primera edición, 2018  
Título original: *Mrs. Fletcher*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 2017 by Tom Perrotta

© de la traducción, Mauricio Bach, 2018  
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía del autor: © Mark Ostow  
Ilustración de cubierta: © Gemma Quevedo

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.  
Avió Plus Ultra, 23  
08017 Barcelona  
España  
[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-17007-35-5  
Depósito legal: B.1.777-2018  
Impreso por Liberdúplex  
Impreso en España - Printed in Spain  
Diseño de colección: Enric Jardí  
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

El camino de ida y el camino de vuelta  
son uno y el mismo.

HERÁCLITO





PRIMERA PARTE

## El inicio de algo importante



## El obligado emoticono

El trayecto en coche era largo y Eve se pasó la mayor parte del viaje de vuelta a casa llorando, porque el gran día no había ido como esperaba, aunque en realidad los grandes días nunca respondían a sus expectativas. Los cumpleaños, festividades señaladas, bodas, graduaciones y funerales siempre estaban demasiado cargados de anticipación y las personas importantes en su vida rara vez actuaban como se suponía que debían hacerlo. La mayoría de ellos ni siquiera parecían seguir el mismo guion que ella, aunque eso tal vez dijese más sobre las personas importantes en su vida que sobre los grandes días en general.

Se podía tomar como ejemplo ese mismo día: desde el momento en que Eve había abierto los ojos por la mañana, lo único que deseaba era una oportunidad para hacerle saber a Brendan lo que su corazón sentía, para expresarle todo el amor que había ido creciendo durante el verano, aumentando hasta tal punto que en ocasiones creía que iba a estallarle el pecho. A Eve le parecía muy importante decírselo en voz alta antes de que él se marchase, expresar toda la gratitud y orgullo que sentía, no solo hacia la maravillosa persona que era él ahora, sino hacia el niño encantador que había sido y el hombre fuerte y decente que llegaría a ser algún día. Y también quería tranquilizarlo y

dejarle bien claro que ella iba a empezar una nueva vida, igual que él, y que eso sería una gran aventura para ambos.

«No te preocupes por mí», quería decirle. «Tú dedícate a estudiar mucho y pásatelo bien. Yo ya cuidaré de mí...»

Pero esa conversación no llegó a producirse. Brendan se quedó dormido —había estado de juerga con sus amigotes hasta muy tarde— y cuando por fin salió de la cama estaba en un estado lamentable, con tal resaca que fue incapaz de echar una mano con las incorporaciones de última hora al equipaje o de ayudar a cargar las maletas en el monovolumen. Era una absoluta irresponsabilidad dejar que bajara ella sola las cajas y las maletas por la escalera, con los dolores de espalda que tenía, y más aún con el calor húmedo de pleno agosto, que le empapaba de sudor su blusa buena, mientras él se quedaba sentado en calzoncillos sobre las cajas, junto a la mesa de la cocina, luchando con el tapón de rosca a prueba de niños de un bote de ibuprofeno, pero Eve se las apañó para disimular su irritación. No quería estropear la última mañana que iban a pasar juntos refunfuñando por tonterías, aunque él se mereciese una bronca. Despedirse con acritud hubiera sido un flaco favor para ambos.

Cuando terminó de cargarla, Eve tomó varias fotos del monovolumen con la puerta trasera abierta y el maletero repleto de maletas y cajas de plástico, una alfombra enrollada y un palo de lacrosse, una videoconsola Xbox y un ventilador, una neverita y un táper de plástico abierto lleno de comida de emergencia, además de una bolsa gigante de Cool Ranch Doritos, que eran los favoritos de su hijo. Subió la foto menos borrosa a Facebook, junto con una actualización de su estado que decía: «¡De camino a la universidad! ¡¡¡Me siento feliz por mi maravilloso hijo Brendan!!!». Y a continuación insertó el obligado emoticono y lanzó el mensaje para que sus doscientos veintiún amigos supiesen cómo se sentía y le pudieran responder con un *like*.

Le llevó dos intentos cerrar el maletero —la maldita alfombra lo impedía—, pero al final lo logró. Permaneció junto a la fur-

goneta unos instantes, recordando otros viajes por carretera: las vacaciones cuando Brendan era pequeño, los tres rumbo a Cape Cod para instalarse en la casa de los padres de Ted; cuando fueron de acampada a los Berkshires y, como no paró de llover —la tierra se convertía en barro bajo su tienda—, tuvieron que recogerlo todo y buscar un motel en plena noche. Eve pensó que iba a ponerse a llorar en cualquier momento —era algo que iba a suceder tarde o temprano—, pero no le dio tiempo, porque Becca apareció con su bici por el camino de entrada, a tal velocidad y con tal sigilo que pareció un ataque sorpresa.

—¡Oh! —Eve levantó los brazos para protegerse, pese a que no había peligro alguno de que la arrollase—. ¡Qué susto!

Mientras se apeaba, Becca la fulminó con una mirada que decía ¿de-qué-planeta-sale-usted?, pero la mueca de desprecio fue tan fugaz que resultó casi imperceptible.

—Buenos días, señora Fletcher.

A Eve le fastidió el saludo, porque le había dicho un montón de veces que prefería que la llamasen por su nombre, pero la chica insistía en llamarla señora Fletcher como si siguiera casada.

—Buenos días, Becca. ¿No deberías llevar casco?

Becca soltó la bicicleta, que se mantuvo en equilibrio un instante antes de caer sobre el mullido césped, y se retocó el pelo con ambas manos, asegurándose de que no se había despeinado, cosa que por supuesto no había sucedido.

—Señora Fletcher, los cascos son un incordio.

Eve llevaba semanas sin ver a Becca, y de pronto se dio cuenta de lo plácido que había resultado el interludio y de que no se había percatado de su ausencia, del mismo modo que uno no se percata de la desaparición de un dolor de estómago hasta que vuelven los retortijones. Becca era menuda y adorable, e iba muy arreglada, con el mono turquesa, las zapatillas deportivas de un blanco inmaculado y un montón de maquillaje, excesivo para una adolescente montada en bicicleta una mañana de verano. ¡Y ni siquiera sudaba!

—Y bien —sonrió Eve nerviosa, visualizando su propio cuerpo, la palidez de su piel y el sudor que se le acumulaba bajo las axilas—, ¿puedo hacer algo por ti?

Becca volvió a lanzarle su mirada glacial, para dejarle claro que ya había cubierto su cuota de preguntas idiotas del día.

—¿Está en casa?

—Lo siento, cariño —dijo Eve, señalando el monovolumen con un movimiento de la cabeza—. Estamos a punto de marcharnos.

—No pasa nada. —Becca ya había emprendido el camino hacia la casa—. Solo es un minuto.

Eve podría haberle impedido entrar, estaba en su derecho, pero no quería representar el papel de madre malhumorada y castradora, al menos no ese día. ¿Para qué? Su época de madre tocaba a su fin. Y por mucho que le desagradase Becca, Eve no podía evitar sentir cierta lástima por ella. No tenía que ser fácil ser la novia de Brendan, y debía haberle dolido mucho que él terminase con la relación pocas semanas antes de marcharse a la universidad, mientras que a ella todavía le quedaba un año más de instituto. Por lo visto él había hecho el trabajo sucio con un mensaje de texto y después se había negado a hablar con ella; se había limitado a aplastar la relación hasta hacer una bola con ella y la había lanzado a la papelera, una táctica aprendida de su padre. Eve comprendía demasiado bien la necesidad de Becca de mantener una última conversación con la vana esperanza de cerrar el tema con cierta dignidad.

Buena suerte.

Pensando que así les dejaría un cierto margen, Eve llevó el monovolumen hasta la gasolinera Citgo para llenar el depósito y comprobar la presión de los neumáticos. Después pasó por el banco para sacar algo de dinero que le entregaría a Brendan como regalo de despedida. «Para libros», le diría, aunque suponía que la mayor parte se la gastaría en pizzas y cervezas.

Se ausentó durante quince minutos, tiempo más que suficiente para una charla de despedida, pero cuando volvió la bicicleta de Becca seguía tirada en el césped.

«Lo siento», pensó. «El horario de visitas ya se ha terminado...»

No había nadie en la cocina y Brendan no respondió cuando lo llamó. Volvió a intentarlo alzando más la voz, pero sin éxito. Entonces decidió echar un vistazo en el patio, pero por pura formalidad: ya sabía dónde estaban y qué estaban haciendo. Lo notaba en el ambiente, una vibración sutil, ilícita y muy irritante.

Eve no era una madre puritana —cuando iba a la farmacia, siempre le preguntaba a su hijo si necesitaba preservativos—, pero no tenía paciencia para esto, ese día no, no después de haber cargado el monovolumen ella sola y cuando ya iban con retraso. Se acercó al pie de la escalera.

—¡Brendan! —Su voz sonó estridente y severa, con el mismo tono que utilizaba cuando él era pequeño y se portaba mal en el parque—. ¡Baja ahora mismo!

Esperó unos segundos y se precipitó escaleras arriba, haciendo todo el ruido posible. Le daba igual lo que estuviesen haciendo. Era una cuestión de respeto. Respeto y madurez. Brendan empezaba la universidad y ya era hora de que se comportarse como un adulto.

La puerta de su dormitorio estaba cerrada y en el interior se oía música, el rap macarra de costumbre. Eve levantó la mano para llamar con los nudillos. El sonido que la detuvo al principio era vago, apenas audible, pero se hizo más claro cuando ella aguzó el oído, un ansioso gimoteo primario que ninguna madre debería tener que escuchar de boca de su hijo, y menos en un momento de nostalgia por el niño que fue, el tierno niño que se le agarraba desesperado a la pierna cuando ella intentaba despedirse de él en su primer día de parvulario, rogándole que se quedase «solo un minuto más. ¡Por favor, mamá, solo un minuto!».

—Mierda —decía ahora ese niño con un tono de relajado asombro—. Joder, sí... Chúpamela, zorra.

Como huyendo de un terrible hedor, Eve se alejó de la puerta y se refugió aturdida en la cocina, donde se preparó una infusión de menta para relajarse. Para ocupar la mente mientras esperaba a que infusionase, hojeó el folleto del Eastern Community College, porque a partir de ahora iba a disponer de mucho tiempo libre y necesitaba encontrar algunas actividades que le hicieran salir de casa y que tal vez la pondrían en contacto con gente nueva e interesante. Ya había repasado todo el ciclo de Sociología, marcando las clases que le parecían prometedoras y cuyos horarios le iban bien, cuando por fin oyó pasos en la escalera. Unos segundos después apareció Becca en la cocina, despeinada pero con aires de victoria, y con una aparatosa mancha húmeda en el mono. Al menos tuvo la decencia de ruborizarse.

—Adiós, señora Fletcher. ¡Disfrute del nido vacío!

El verano anterior, que Eve y Brendan dedicaron a visitar universidades, hicieron varios viajes largos en coche que resultaron deliciosos. Arrullado por la monotonía de la autopista, él se le abrió de un modo que ella ya no creía posible, y le habló con franqueza y de un modo reflexivo sobre un montón de temas que normalmente eludía: las chicas, la nueva familia de su padre, las opciones que estaba barajando para su licenciatura (Económicas, si no resultaba demasiado dura, o tal vez Criminología). La había sorprendido al mostrar cierta curiosidad por su pasado y preguntarle cómo era ella a su edad, qué novios había tenido antes de casarse y los grupos musicales que le gustaban, y si había fumado alguna vez marihuana. Compartían la habitación de motel en los desplazamientos de más de un día, veían la tele cada uno desde su cama y se iban pasando la bolsa de Doritos mientras se reían con *South Park* y Jon Stewart. Por un momento le había parecido que estaban entrando en una



nueva y gratificante fase de su relación, una fluida camaradería adulta, pero la cosa no duró mucho. En cuanto volvían a casa retomaban la actitud de siempre: la de dos personas que vivían bajo el mismo techo y poco más, y que intercambiaban la mínima información diaria necesaria, sobre todo su hijo, que se limitaba a emitir resentidos monosílabos y sulfurados gruñidos.

Eve atesoraba el recuerdo de aquellas conversaciones íntimas de autopista y esperaba poder mantener otra similar esa tarde, una última ocasión para hablar de los grandes cambios que estaban a punto de transformar sus vidas y tal vez reflexionar un poco sobre los años que de pronto iban a quedar atrás y que habían pasado más rápido de lo que ella jamás hubiera podido imaginar. Pero ¿cómo iban a poder compartir unos momentos de nostalgia cuando lo único que a ella le venía a la cabeza en esos momentos eran las horribles palabras que había oído a través de la puerta?

«Chúpamela, zorra.»

¡Puaj! Eve quería pulsar un botón que le permitiese borrar esta desagradable frase de su memoria, pero no paraba de resonar en su cabeza en un bucle infinito: Chúpamela, zorra... Chúpamela, zorra... Chúpamela, zorra... Brendan había pronunciado esas palabras de un modo tan natural, tan automático, tal como un chico de la generación de Eve podría haber dicho «Oh, sí» o «Sigue», lo cual ya habría resultado bastante embarazoso desde la perspectiva de una madre, pero ni de lejos tan perturbador.

Probablemente no debería haberle sorprendido. Cuando Brendan estudiaba en el instituto, Eve había acudido a una charla sobre control parental de internet organizada por la asociación de padres. El conferenciante invitado, un ayudante del fiscal del condado, les ofreció una deprimente panorámica del cibereespacio y los peligros que suponía para los adolescentes. Les habló del envío de fotos de desnudos por SMS, del ciberacoso y de los depredadores sexuales que poblaban la red, pero lo que más le preocupaba era la enfermiza cantidad de pornografía a

la que los chicos estaban potencialmente expuestos a diario, un verdadero tsunami de bazofia sin precedentes en la historia de la humanidad.

—Y no me refiero a un ejemplar de *Playboy* escondido en el lavabo, ¿de acuerdo? Hablo de una fosa séptica sin regulación alguna de imágenes degradantes y perversiones sexuales extremas, al alcance de cualquiera en la privacidad de sus habitaciones, sin restricción alguna por cuestiones de edad o de madurez emocional. En este entorno tóxico, es necesario aplicar una vigilancia constante y decidida para mantener a nuestros hijos a salvo, proteger su inocencia y mantenerlos a resguardo de la depravación. ¿Estáis preparados para asumir este reto?

Eve y las otras madres con las que había hablado quedaron impactadas por el horrible panorama que les pintó, pero después todas consideraron que había exagerado un poco. La situación era preocupante, no tenía sentido negarlo, pero no era tan preocupante, ¿verdad que no? Y aunque lo fuese, no había modo de controlar cada clic en el ratón de sus hijos. No podías hacer otra cosa que enseñarles los valores adecuados, respeto, bondad y compasión, sobre todo hacia los demás, aunque no es que Eve fuese muy religiosa, y confiar en que eso les proporcionase un escudo frente a las imágenes nocivas y los estereotipos sexistas a los que de manera inevitable se verían expuestos. Y eso era lo que había hecho Eve, lo mejor que supo, aunque estaba claro que no había conseguido los resultados esperados.

«Chúpamela, zorra.»

Ya era un poco tarde para mantener una conversación seria sobre sexo, pero Eve pensó que Brendan debía saber que estaba muy decepcionada. Lo que le había dicho a Becca no estaba bien y Eve necesitaba dejar esto bien claro, aunque les arruinase su último día juntos. No quería que fuese a la universidad sin entender que había una diferencia fundamental entre las relaciones sexuales en la vida real y los impersonales encuentros que presumiblemente veía en internet (él insistía en que se mante-

nía alejado de toda esa basura, pero siempre borraba de forma minuciosa el historial de navegación de su ordenador, lo cual constituía una de las señales de alarma que le habían explicado a Eve en aquella reunión de la asociación de padres). Como mínimo, tenía que hacerle saber que no estaba bien llamar zorra a su novia, aunque fuese una palabra que utilizase en tono de broma con sus amigotes o aunque la propia chica asegurase que no le importaba.

«O aunque en realidad lo sea», pensó Eve, aunque eso no era de gran ayuda para su razonamiento.

Brendan debió presentir que se avecinaba un sermón, porque se dirigió con paso decidido hacia el monovolumen con la visera de la gorra calada sobre las gafas de sol y moviendo de forma ostensible la cabeza al ritmo del hip-hop que sonaba por sus lustrosos auriculares blancos. En cuanto los dos estuvieron sentados en la Pike, reclinó el asiento y anunció que iba a echarse una siesta.

—Espero que no te importe —dijo, y fue la primera frase medio amable que salía de su boca en todo el día—. Estoy muy cansado.

—Tienes que estarlo —dijo ella, adornando su voz con simulada empatía—. Has tenido una mañana muy ajetreada. Y te has matado cargando el monovolumen.

—Ja ja. —Brendan colocó los pies descalzos sobre el salpicadero—. Despiértame cuando lleguemos, ¿vale?

Durmió, o simuló dormir, las dos horas siguientes y no se apeó del monovolumen cuando Eve paró en un área de descanso a las afueras de Sturbirdge. A ella al principio esa actitud le molestó, aunque como en realidad no tenía ningunas ganas de mantener con él una conversación sobre buenos modales sexuales y respeto hacia las mujeres, tuvo que admitir que suponía un alivio poder posponer la charla, que habría significado tener que confesar sus escuchas a hurtadillas detrás de la puerta y mencionar la frase que tanto la había alterado. No estaba segura de ser

capaz de pronunciarla en voz alta, al menos no sin sentirse muy incómoda, y además se temía que Brendan se riese y pretendiese que lo había oído mal, que él jamás le diría «chúpamela, zorra» a Becca ni a ninguna otra chica, y acabasen hablando de los detalles del asunto en lugar de abordar los temas que de verdad eran relevantes. Brendan podía ser muy escurridizo cuando le convenía; era otro rasgo que había heredado de su padre, un maestro de la negación y las evasivas.

«Déjalo descansar», pensó Eve, e insertó un CD de Neil Young en la ranura, viejas y melodiosas canciones que le generaron una placentera sensación de melancolía, perfecta para la ocasión. «Ya hablaremos en otro momento.»

Eve sabía que era una actitud cobarde, que estaba abdicando de su responsabilidad materna, pero dejar que se fuera de rositas no era más que un reflejo de la situación en la que estaban. El divorcio la había dejado con un complejo de culpa permanente que le hacía casi imposible enfadarse con su hijo o obligarle a rendir cuentas de sus acciones. El pobre chaval había sido víctima de un elaborado engaño llevado a cabo por sus propios padres que, durante once años, habían construido una vida para él que parecía estable, permanente y buena, y de pronto, ¡vaya broma!, se la habían arrebatado de las manos y le habían dado el cambiazco con un sucedáneo de calidad inferior, una versión más reducida y escuálida, en la que el amor tenía fecha de caducidad y nada resultaba fiable. ¿Era chocante que el chico no siempre tratase a la gente con la amabilidad y consideración que se merecían?

Aunque la culpa no era de Eve. El culpable era Ted, el cabronazo egoísta que había abandonado a su familia perfectamente estable para iniciar una nueva vida con una mujer a la que había conocido a través de la sección de encuentros informales de Craigslist (Ted había falseado su estado civil poniendo que estaba «separado», algo que en todo caso era una aseveración autoprofética). A Eve la traición de su marido la había pillado

por sorpresa y la había hundido, sobre todo cuando él rechazó acudir a un consejero matrimonial o hacer un mínimo esfuerzo, aunque fuese de cara a la galería, por salvar su matrimonio. Simplemente lo dio ya por muerto y enterrado, de manera unilateral, decidió que las dos últimas décadas de su vida habían sido un lamentable error y juró que la próxima vez lo haría mejor.

—Tengo una segunda oportunidad —le había dicho a Eve, con la voz temblorosa de emoción—. ¿Sabes lo importante que es eso?

—¿Y qué pasa conmigo? —respondió ella—. ¿Y con tu hijo? ¿Acaso nosotros no somos también importantes?

Todo el mundo le reconocía la condición de víctima inocente, ¡hasta Ted estaba de acuerdo!, pero aun así Eve se sentía cómplice en la ruptura. El matrimonio llevaba ya tiempo trastabillando antes de que Ted encontrase una oportunidad en Craigslist, y ella no había hecho nada por reconducir la situación, ni siquiera había asumido que existía un problema. Su pasividad había propiciado el desastre, permitiendo que su marido se distanciase y su familia se desmoronase. Había fracasado como esposa y por lo tanto también como madre, y Brendan era el que había pagado los platos rotos.

El daño que había sufrido su hijo era sutil y difícil de precisar. El resto de gente se maravillaba de lo apuesto que era y de lo bien que había llevado el divorcio. A Eve le encantaban estos elogios, significaban muchísimo para ella, e incluso se los creía hasta un cierto punto. Su hijo, en efecto, poseía varias cualidades. Era guapo y popular, un buen deportista que siempre despertaba la atención femenina. Había sacado buenas notas en el instituto, lo bastante buenas como para ser admitido en las dos universidades de Fordham y Connecticut, aunque al final había optado por la Universidad Estatal de Berkshire, en parte porque era más asequible económicamente, pero sobre todo, según le contaba entusiasmado a cualquiera que le preguntase, porque la BSU era una universidad famosa por sus juergas

y a él le encantaban las juergas. Así era como se presentaba al mundo, como un colega grandullón, afable y amante de la diversión, el tipo de tío que uno quiere tener en su equipo o en su fraternidad, y el mundo parecía encantado de acogerlo tal como se presentaba.

Para Eve, sin embargo, todavía era un chico desconcertado que seguía sin entender por qué su padre los había abandonado y por qué no podían hacer que volviese a casa. Los dos primeros meses después de que Ted se largase, Brendan había dormido con una foto de su padre debajo de la almohada y Eve lo había visto más de una vez despierto en plena noche, hablándole a la foto con lágrimas resbalándole por las mejillas. Con el tiempo se había hecho más fuerte —ganó en musculatura, la mirada se le endureció y la fotografía desapareció—, pero durante el proceso algo se perdió por el camino: toda esa dulzura y vulnerabilidad infantil que a ella le llegaba al corazón. Brendan ya no era una persona tan noble como antes, ni tan dulce, ni tan cariñosa ni tan adorable, y Eve no se perdonaba haber permitido que eso sucediese, no haber sabido cómo protegerlo o cómo arreglar lo que se había quebrado.

Se toparon con un atasco cerca del campus provocado por el alegre convoy de los novatos y sus familias. A medida que avanzaban hacia el complejo residencial Longfellow iban recibiendo los saludos de grupos de estudiantes veteranos uniformados con camisetas rojas para recibir a los recién llegados. Algunos bailoteaban y otros sostenían carteles escritos a mano en los que se leía «¡Bienvenidos a casa!» y «¡El primer año mola!». Por muy mercenaria que fuese el origen de esta costumbre, el entusiasmo de los chicos era tan contagioso que Eve no pudo evitar sonreír y saludarles con la mano.

—¿Qué haces? —murmuró Brendan, malhumorado porque acababa de despertarse de la siesta.

—Intentar ser amable, nada más —respondió ella—. A menos que tengas alguna objeción.

—Lo que tú digas. —Se escurrió hacia abajo en el asiento—. Ya veo que le pones ganas.

Brendan se alojaba en el edificio Einstein, una de las horripilantes residencias con un montón de plantas que hacían que Longfellow pareciese una barriada de viviendas sociales. Eve había oído historias inquietantes sobre las juergas que se organizaban en esta parte del campus, pero el ambiente parecía muy sano cuando se detuvieron en la zona de descarga y se vieron rodeados por un alegre y eficiente equipo de mudanzas formado por estudiantes dispuestos a ayudarles. En cuestión de minutos, los chicos habían vaciado el monovolumen y colocado todas las posesiones de Brendan en un enorme contenedor naranja con ruedas. Eve se limitó a observar, encantada de ahorrarse el esfuerzo de la descarga. Un chaval desaliñado cuya camiseta lo identificaba como «jefe de equipo» cerró la puerta trasera y le dirigió un profesional gesto de asentimiento.

—Muy bien, mamá. Nosotros nos ocuparemos de acompañar este joven a la habitación.

—Estupendo. —Eve cerró el monovolumen con el mando a distancia—. Vamos allá.

El jefe negó con la cabeza. Pese a los treinta y dos grados, el tipo llevaba un invernal gorro de punto con orejeras, tan empapado en sudor que las orejeras estaban curvadas, como las trenzas de Pipi Calzaslargas.

—No, usted no, mamá. Usted tiene que aparcar el vehículo en el aparcamiento de visitantes.

A Eve la propuesta no le gustó. Había visto a montones de madres encaminándose hacia los dormitorios con sus hijos. Una señora india con un sari color verde lima estaba acompañando a su hija en ese preciso momento. Pero en el instante en que Eve se disponía a señalarla se percató de que las restantes madres debían contar con maridos que se hacían cargo de aparcar el

coche. Todo el mundo parecía estar de acuerdo en que esa era la división del trabajo correcta: los hombres aparcaban mientras las mujeres permanecían al lado de sus hijos. Eve bajó la voz para pedir clemencia.

—Serán solo unos minutos. Tengo que ayudarle a deshacer las maletas.

—Me parece fantástico, mamá. —En la voz del jefe del equipo de mudanzas ya asomaba un tonillo impaciente—. Pero primero tiene que mover el vehículo. Hay un montón de gente esperando.

«No soy tu madre», pensó Eve, sonriendo con una vergonzosa educación a ese mierdecilla metomentodo. De haber sido su madre le habría aconsejado que se quitase el gorro. «Cariño», le habría dicho, «pareces un imbécil». Pero respiró hondo e intentó apelar a su humanidad.

—Soy madre soltera —le explicó—. Es mi único hijo. Este es un cambio muy grande para los dos.

En ese momento, Brendan intervino en la negociación. Se volvió y miró a Eve.

—Mamá. —Su voz sonaba cortante y tensa—. Ve a aparcar el coche. Yo ya me apaño.

—¿Estás seguro?

El jefe del equipo de mudanzas le dio a Eve una palmadita en el hombro.

—No se preocupe —la tranquilizó—. Cuidaremos de su nene.

El aparcamiento para visitantes quedaba muy cerca, pero el recorrido de regreso hasta el edificio Einstein le llevó más tiempo del que esperaba. Cuando por fin llegó al cuarto de Brendan en la séptima planta, él ya estaba en pleno compadreo masculino con su compañero de habitación, Zack, un chaval como un armario que procedía de Boxborough y lucía una barba recortada que le envolvía el mentón como un barboquejo, el mismo tipo de desfavorecedor vello facial que Brendan se había empeñado



en lucir durante la mayor parte de su último año en el instituto. Además, ambos vestían de forma idéntica —chanclas, pantalones cortos muy holgados, camisetas sin mangas y gorras de béisbol ladeadas—, aunque Zack había añadido al conjunto un detalle personal en forma de collar de caracolas.

Parecía simpático, pero Eve tuvo que ocultar su decepción. Esperaba que Brendan tuviera un compañero de habitación más exótico, un chaval negro de una barriada de Boston o un estudiante extranjero procedente de la China continental, o tal vez un chico gay apasionado por el teatro musical, alguien que ampliase el horizonte de su hijo y lo retase a moverse más allá de su suburbana zona de confort. Y en lugar de eso, lo emparejaban con un jovencito que podría haber sido un hermano perdido desde hacía mucho tiempo o como mínimo un compañero del equipo de lacrosse del instituto de Haddington. Cuando Eve entró, los dos chavales estaban admirando sus neveritas del mismo tamaño.

—Podríamos destinar una a la cerveza —propuso Zack—. Y la otra para todo lo que no sea cerveza, los fiambres o lo que sea.

—De acuerdo —aceptó Brendan—. La leche para los cereales.

—Zumos Arizona. —Zack se toqueteó las caracolas del collar—. Sería cojonudo colocarlas una encima de la otra. Tendríamos algo muy parecido a un frigorífico de tamaño medio con dos compartimentos. Y más espacio libre en la habitación.

—Genial.

Eve se puso manos a la obra, colocando sábanas y mantas sobre la cama de Brendan y organizándole el armario y la cómoda igual que en casa, para que no se sintiese perdido. Ninguno de los dos chavales le prestó mucha atención —estaban planteándose la posibilidad de levantar una de las camas para colocar debajo uno de los escritorios y así liberar espacio para un sofá, que les resultaría más cómodo para las partidas de videojuegos— y se dijo a sí misma que era muy natural que en una situación como esta un hijo no prestase la más mínima atención

a su madre. Este era su dormitorio y el de su compañero de cuarto, este era su mundo; ella era una forastera que no tardaría en evaporarse.

—¿Y de dónde sacamos un sofá? —preguntó Brendan.

—La gente los deja en la calle —le explicó Zack—. Podemos salir dentro de un rato y coger el primero que veamos.

—¿Eso es higiénico? —preguntó Eve—. Podría tener chinches.

—Mamá. —Brendan la hizo callar meneando la cabeza—. Eso es cosa nuestra, ¿vale?

Zack se mesó la barba como un filósofo y dijo:

—Podemos cubrirlo con una sábana para que sea más higiénico.

Eran casi las cinco y media cuando Eve terminó de deshacer las maletas. Dejó la alfombra para el final y la extendió entre las dos camas para que nadie sintiese el frío del suelo en los pies en las gélidas mañanas de invierno. Era un delicado toque casero.

—No está mal —dijo Eve echando un vistazo a su alrededor con expresión satisfecha—. Ha quedado muy digno para ser un dormitorio de estudiantes.

Brendan y Zack asintieron de ese modo desganado típicamente masculino, como si apenas pudiesen erguirse para expresar acuerdo, mucho menos gratitud.

—¿A quién le apetece cenar? —preguntó Eve—. Yo pago las pizzas.

Los dos compañeros de habitación intercambiaron unas rápidas miradas recelosas.

—¿Sabes qué pasa, mamá? Un grupo de chicos de nuestra planta van a salir dentro de un rato. Ya comeré algo con ellos, ¿vale?

«Dios mío», pensó Eve, y sintió que se sonrojaba. «Sí que ha sido rápido.»

—De acuerdo —dijo—. Adelante. Que os divirtáis.

—Sí —añadió Brendan—. Así no tendrás que conducir de noche.

—Bueno, pues muy bien. —Eve revisó infructuosamente la

habitación en busca de algo más que hacer—. Parece que ha llegado el momento.

Ninguno de los chicos la contradijo.

—Pues vale. —Alisó la colcha de Brendan por última vez. Le invadió la sensación un poco vertiginosa de verse superada por el tiempo, de que el futuro se convertía en presente sin que ella estuviese todavía preparada—. Supongo que será mejor que me vaya.

Brendan la acompañó hasta los ascensores. No era el lugar idóneo para despedirse, había demasiados chavales pululando, incluido un grupo de los estudiantes que ayudaban en las mudanzas y que arrastraban un contenedor vacío, pero no quedaba otra alternativa.

—Ah, por cierto... —Eve rebuscó en el bolso y sacó el dinero que había guardado por la mañana. Puso los billetes en la mano de Brendan y le dio un fuerte abrazo y un rápido beso—. Llámame si necesitas cualquier cosa, ¿de acuerdo?

—No me va a pasar nada.

Cuando se abrió el ascensor volvió a abrazarlo.

—Te quiero.

—Sí —murmuró él—. Yo también.

—Te voy a echar mucho de menos.

—Lo sé.

Después de esto ya no tuvo más remedio que entrar en el ascensor y despedirse de su hijo moviendo la mano hasta que las puertas se cerraron. Durante unos segundos el ascensor no se movió. Eve sonrió con nerviosismo a los otros ocupantes, todos estudiantes, ninguno de los cuales respondió con un gesto cómplice. Estaban enfrascados en una animada conversación, haciendo planes, parlotando entusiasmados y del todo ajenos a su presencia. Eve se sintió vieja y excluida, como si todos los demás fuesen a una fiesta a la que ella no había sido invitada. «No es justo», quiso decirles, pero los chicos ya estaban saliendo y, de todos modos, a nadie le hubiera importando su apreciación.